

rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mismos, á la flor de la caballería andante; que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y, porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé;" y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y, dando un gran suspiro, dijo: "¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte, al sábio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso; y, en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la insula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia." Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: "Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero, que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios! que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote; ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y, si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten mas de en la apariencia.—¡Par Dios, señor! replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este

diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar, de media legua." Decía esto Sancho, por Don Fernando, que, como tan señor, debía de oler á lo que Sancho decía. "No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber, que los diablos saben mucho; y, puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razón es que, como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio." Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y, temiendo Don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invención, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y, llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto, el cura se había concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la hacha; y, por señas, mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros, con sus escopetas; pero, antes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritornes, á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo: "No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y, si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque, á los caballeros de poco nombre y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos, sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algún desaguisado, por descuido mío, os he fecho; que, de voluntad y á sabiendas, jamás le di á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algún mal intencionado encantador me ha puesto; que, si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen." En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el cura y el barbero se despidieron

de Don Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al cura dónde había de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quijote, asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él, ansimismo, le avisaría de todo aquello que él viese que podría darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba, con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los había hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del *Curioso Impertinente*; y que, pues su dueño no había vuelto más por allí, que se los llevase todos, que, pues él no sabía leer, no los quería. El cura se lo agradeció, y, abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decía: *Novela de Rinconete y Cortadillo*; por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la del *Curioso Impertinente* había sido buena, que también lo sería aquella, pues podría ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con propósito de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y también su amigo el barbero, con sus antifaces, por que no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusieronse á caminar tras el carro; y la orden que llevaban, era esta: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza, sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante; detrás de todo esto, iban el cura y el barbero, sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y, comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que, detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querían. Tomóse el parecer del barbero, y así, tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que, á sus espaldas, venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestar á la venta que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venían, que, en resolución, era canónigo de Toledo, y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y